

y verbosos a los mudos,  
y pone a los pies más blancos  
cuanto más están desnudos.  
Y es la saludable y rica  
si a nuestro rostro salpica  
y le brinda su inocencia;  
y al caerse alguna hoja  
deshace la transparencia  
que había en sus ondas zarcas  
y hace pensar en las charcas,  
las que mi recuerdo esconde  
con un cariño muy tierno,  
aquellas charcas en donde  
chapaleaba en el invierno...

Si entre la penumbra suave  
de algún jardín escuchamos  
una voz y no dormimos,  
pues nuestra inquietud no sabe  
si son lágrimas o mimos  
o deshojación de ramos  
que no queremos concluya  
y nos parece que oímos  
decir: «¡Soy tuyo!» «¡Soy tuya!»  
el agua es la que nos arrulla  
con regocijo estupendo,  
pero en el oído, suave:  
el agua que está cayendo,  
pues quedó abierta la llave...

Así en esta madrugada  
en el agua alborotada  
me siento primaveral,  
todo bienestar me eleva  
y me pone el alma nueva,  
mi voz tiene otro metal,  
y no habiendo un desengaño  
que a mi corazón inquiete,  
en este día triunfal  
siento que después del baño  
la Vida es un ramillete  
en un jarrón de cristal...

#### CANCION DE CUNA

(A PEPITO MORALES NIETO).

Dice el hada blanca: «¡Ya va a amanecer!»  
«Duérmete niño, que tengo que hacer!»  
El hada azul dice, meciendo la cuna:  
«Repica su clara campana la luna...»  
Y el hada más negra que se puede ver:  
«Allá está la luna comiendo aceituna.  
Duérmete, que mucho tenemos que hacer!»

La luna, creyendo que ya amanecía  
llegó muy apenas rozando el cristal:  
«A decirte manda la Virgen María  
que la vida tiene su poco de sal».

«Despierta mañana, pero poco a poco;  
con todos la Vida tiene algo que hacer...  
«Duérmete niño, que ya viene el coco!  
¡Duérmete, que un día ya vas a saber!»

#### CASONA DE MI INFANCIA

(Para BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO).

En esta noche pienso en los días pasados  
allá en mi casa, mientras la lluvia en los  
[tejados

diluía el aroma de los montes mojados.  
(En el solar temblaban los jazmines  
[sembrados...])

Mi madre preparando la cena en la cocina,  
al calor de la lumbre dorada y montesina,  
de este modo empezaba la historia peregrina:  
«Una noche como esta se murió la vecina...»

Y luego nos contaba un cuento de «Las Mil  
y Una Noches:» el pájaro que hablaba, el  
[toronjil,  
la princesa del peine de oro y de marfil...  
(Estaba titilando la luz en un candelil...)

Y después del ingenuo momento de rezar  
para alegrar las horas nos cantaba un cantar  
la señora. ¡Era un canto del ayer familiar!  
(El plenilunio estaba cundido de azahar...)

¡Oh las veladas llenas de aquel sencillo  
[canto!  
¡Las rodillas maternas que prefería tanto  
y que lo conducían a otras tierras de encanto  
eran para aquel niño las rodillas de un santo!

Mientras me adormecía, cruzaban azorados  
los gatos, cual fantasmas de ojos alucinados,  
y hacían las piruetas de los enamorados  
mientras la luna llena dormía en los tejados.

¡Oh casa que en invierno eres más  
[suspirada!  
¡Casa que en la penumbra te veo iluminada!  
¡Cuando nos levantábamos a ver de  
[madrugada  
los retoños floridos en la tierra mojada!

¡Casona de mi infancia, no te puedo  
[olvidar!  
Es de noche. Ya cae tu sombra tutelar.  
¡Al apagarse el último fulgor crepuscular  
mis recuerdos cual niños se ponen a llorar!

#### EL ALCARAVÁN DEL PATIO

(Para AZARÍAS H. PALLAIS).

Cuando sibilinos  
cuentan los abuelos  
cuentos de caminos  
y para otros cielos  
las nubes se van,  
el patio se asombra  
y se pone serio  
si cruza la sombra  
llena de misterio  
del alcaraván.

Si en el vecindario  
se acercan las sillas  
—pues es necesario  
que hablen a hurtadillas  
por el qué dirán—  
pone temblorosas  
hasta las estrellas  
con sus rumorosas  
onomatopeyas  
el alcaraván.

Cuando algún viajero  
de hora legendaria  
implora un alero,  
una luminaria  
o un poco de pan,  
y la sombra es mucha  
en la noche fría  
de pronto se escucha  
la vocinglería  
del alcaraván.

Si acaso atenúa  
con sus finos chales  
alguna garúa  
los cañaverales  
que cubren el plan,  
y moja la brisa  
el patio, y lo orea,  
cuál se inmoviliza  
como ante una idea  
el alcaraván.

Por sus esbelteces,  
aunque sienta frío,  
me parece a veces  
el dios del hastío  
con ojos que están  
áureos de belleza  
que pasma y contrista...  
¡Qué altivez la de esa  
tristeza de artista  
del alcaraván!

Cuando ante una tea  
hay sombras extrañas  
y relampaguea  
sobre las montañas  
que en fuga se van,  
y el viento de afuera  
mueve las cortinas,  
como en primavera  
duerme entre neblinas  
el alcaraván.

«¡Dios fuerte!» «¡Dios santo!»  
y se hacen de cruces  
mirando el espanto;  
se apagan las luces  
y todos están  
temblorosamente...  
La gente azorada  
oye de repente  
la voz prolongada  
del alcaraván.

Otras ocasiones  
—lo más peregrinas—  
llegan los ladrones  
a buscar gallinas  
con siniestro afán,  
y en la sombra parda  
los espanta a gritos  
y los acobarda  
con sus gorgoritos  
el alcaraván.

Yo lo reverencio  
en estas hermosas  
noches; su silencio  
es el de las cosas  
que quietas están...  
Muerte: si agonizo